

Articles

Las tierras arrasadas, de Emiliano Monge: la frontera en movimiento

Emily Celeste Vázquez-Enríquez
Cornell University

Las fronteras geopolíticas suelen pensarse a través de imágenes aparentemente estables, tales como la de una línea continua que se extiende inamovible, una estructura metálica, un camino forjado con rejas, o bien, un muro sobre el desierto. Así, en palabras de la antropóloga Hillary Cunningham, la imagen de la frontera es usualmente imaginada “in linear terms” (373), por lo cual es común emparentarla con lo inmóvil. Esto también se debe en gran medida a que las fronteras geopolíticas están íntimamente ligadas a la idea del territorio entendido como un espacio presumiblemente fijo. Sin embargo, como el filósofo Thomas Nail propone, aún en la asociación exclusiva con lo espacial, “the border is not static [. . .] the movement of the border is not a metaphor; the border is literally and actually in motion in several ways” (5-6). En la novela *Las tierras arrasadas* (2015) el mexicano Emiliano Monge presenta la frontera no solo como un espacio de tránsito y separación o contacto, sino, además, como la mezcla de un ente humano y no-humano en constante movimiento. Lo anterior, tanto por las transformaciones ecológicas de las que forma parte, como por las relaciones sociales y de interespecies de las que se compone. Debido a que el espacio fronterizo que presenta la novela es el de la selva, esta explora la especificidad del peligro que, en el contexto de la frontera Guatemala-México, surge cuando los migrantes centroamericanos se ven forzados a buscar rutas de pasaje clandestinas, peligro que afecta tanto a entes humanos como no-humanos. Finalmente, como propongo a continuación, es precisamente debido a la preeminencia de la selva como frontera geopolítica, que la narración difumina las categorías ontológicas en las que los entes humanos y no-humanos suelen interpretarse, sin por ello eliminarlas.

De acuerdo con Thomas Nail, los territorios fronterizos incurren en diversos movimientos que se originan tanto de factores internos

-“the border moves itself” (6)-, o físicos, como externos -“the border is moved by others” (7)-, es decir, sociales. Entre estos últimos aparece el del flujo migratorio humano. En *Las tierras arrasadas* se cuenta la historia del paso de un grupo de migrantes que, al buscar viajar de sur a norte, deben atravesar la selva. Debido a que se trata de un espacio extenso e inhóspito, poblado de vida silvestre y animales muchas veces peligrosos, estos les pagan a dos chicos locales, en la narración presentados como “chicos de la selva”, para que los ayuden a cruzar. Sin embargo, los chicos resultan ser traficantes de personas involucrados en las redes del crimen organizado en México. Así, Monge presenta la amalgama fronteriza en la que distintas facetas de la tragedia humana migratoria se encuentran con el dinamismo no-humano de la selva. La novela se encuentra dividida en tres libros, “El libro de Epitafio”, quien es uno de los líderes del grupo criminal; “El libro de Estela”, la pareja de Epitafio y también la líder del mismo grupo; y “El libro de los chicos de la selva”, quienes son el primer punto de contacto entre la organización delictiva y los migrantes. Debido a la centralidad de la selva en el tercer libro, aquí me concentro mayormente en lo que ahí se narra, aunque gran parte de mi argumento gira también en torno a las primeras escenas que acontecen en “El libro de Epitafio”, ya que tienen lugar en la selva.

En la última década, dentro del campo de la literatura mexicana han aparecido varios textos que abordan el conflicto migratorio producido desde México y Centroamérica hacia Estados Unidos. Entre dichos textos han destacado *Señales que precederán al fin del mundo* (2009), de Yuri Herrera; *Por el lado salvaje* (2011), de Nadia Villafuerte; *La fila india* (2012), de Antonio Ortuño; *Amarás a Dios sobre todas las cosas* (2013) de Alejandro Hernández; *Los niños perdidos. Un ensayo en cuarenta preguntas* (2016), de Valeria Luiselli, y también, la novela que es objeto de este artículo y que fue publicada en 2015. Aunque cada uno de estos textos presenta perspectivas distintas, tales como la sociopolítica, la personal, la documental, o una mezcla de varias, en general estas narrativas buscan hacer visible la tragedia humana que gira alrededor de la migración indocumentada. En el caso del texto de Emiliano Monge, a la par que el autor expone el dolor humano que surge en el camino migratorio, exposición que consigue – además de a través de los personajes– mediante la inserción de diálogos testimoniales de migrantes centroamericanos que pasaron por México, expone también la centralidad que algunos entes

no-humanos tienen dentro del conglomerado migratorio. Lo anterior se realiza debido a la importancia que la selva en tanto corredor fronterizo tiene dentro de la trama, y a la preeminencia que seres no-humanos tienen para el desarrollo de la historia.

Que los migrantes de *Las tierras arrasadas* deban atravesar una frontera selvática presenta un claro paralelismo con el territorio fronterizo del sur de México. En dicha área, el incremento de controles migratorios, por lo menos desde los primeros años de la década del 2000 y con mayor recurrencia a partir de la ejecución del Plan Frontera Sur en 2014,¹ ha orillado a que los migrantes centroamericanos que buscan llegar a Estados Unidos² atraviesen México a través de nuevas rutas, cada vez más peligrosas. Entre tales rutas se encuentra la de la selva de El Petén, ubicada en la región más septentrional de Guatemala, así como otros caminos selváticos alrededor de las principales ciudades fronterizas del sur mexicano. En la narración, este tipo de espacio de frontera es constantemente descrito, por ejemplo, como una “muralla vegetal” (15), o bien como “[un] muro de lianas, troncos leprosos y raíces recostadas” (29), descripciones con las que se producen dos efectos. Por un lado, el narrador presenta a la selva como una frontera vegetal, por ello viva, con un ecosistema específico que los migrantes deben atravesar; por el otro, debido a la incorporación de términos como “muralla” y “muro”, se evoca constantemente a uno de los más claros significantes contemporáneos de la frontera norte. Aunque el foco de gran parte de la narración está claramente en la frontera Guatemala-México, hay también constantes guiños a la frontera norteamericana, por lo que el texto pareciera exponer ambos entes como instancias ineludiblemente entrelazadas.

El texto rechaza “the common mental image many people have of borders as static walls” (Nail 7), esto, a través del reconocimiento narrativo de la selva en tanto ente independiente compuesto de vida animal y vegetal. Por ello, la novela presenta una frontera dinámica en la cual, a la par del paso de los migrantes, es posible observar “el salto de una ardilla en una rama, el vuelo de algún ave cuyas plumas de colores no le temen a las gotas, [y] una serpiente anillada que se arrastra, asustada sobre el lodo” (302), es decir, la vida salvaje que compone el pasaje fronterizo y que lo modifica constantemente. A lo anterior se añaden descripciones de múltiples movimientos y otros entes no-humanos como el de “algún fruto ya maduro que se suelta” (260) o bien, el de “[un] riachuelo que corre más allá del muro de

lianas” (29), a través de los cuales la frontera se reconoce como una zona con “distinctive geophysical processes and ecological systems” (Cunningham 374), ajena a la debacle social fronteriza, aunque irremediablemente inmiscuida en ella. Así, la frontera que el narrador describe no se limita a ser un corredor estático y estable para las intenciones humanas, sino un espacio con movimientos propios que, por ello, constantemente transforma su propia configuración. De esta manera, más allá de presentar la selva como mero paisaje o como un corredor fronterizo, *Las tierras arrasadas* presenta una especie de muralla vegetal conformada por figuras no-humanas que por un lado son vulnerables a la acción humana y por otro la vulneran debido a la instrumentalización a la que son sujetas.

En *The Land of Open Graves*, Jason de León se enfoca en la frontera México-Estados Unidos y habla sobre la estrategia Prevention Through Deterrence, implementada por la patrulla fronteriza estadounidense a partir de la década de los noventa y cuyo principal objetivo fue el de cerrar todo acceso urbano al paso de los migrantes indocumentados, orillándolos así a atravesar áreas de paso inhóspitas como el desierto. En relación con dicho cierre, De León señala que “although it is impossible to know how entities will react until they are brought together, it is obvious that [the] Border Patrol expected the desert to inflict harm on migrants” (61). La premisa anterior se deriva de los conocidos efectos que el contacto prolongado con dicho bioma tiene sobre los seres humanos, especialmente cuando estos se encuentran en situaciones de precariedad como las que suelen acompañar a la migración no autorizada. Deshidratación, hipotermia, insolación y agotamiento extremo son algunos de los principales efectos del desierto sobre los cuerpos de los migrantes clandestinos, quienes frecuentemente pierden la vida sobre la arena. Si bien De León centra su argumento en el desierto, un proceso similar, en el que un bioma se utiliza como parte de la estrategia para detener el camino de los migrantes, aparece también en la frontera sur: la selva. Sin embargo, aún cuando ambos ecosistemas comparten algunos elementos que los convierten en parte central dentro del proceso de expulsión y exclusión de los migrantes indocumentados, sus especificidades los ubican como agentes que interactúan de manera distinta³ con los sujetos que los atraviesan. En los párrafos siguientes me centro en señalar el aislamiento, una de las características principales que ambos ecosistemas comparten, para después analizar algunas de las

especificidades de la selva en tanto corredor fronterizo y su relevancia en el proceso de destacar la artificialidad del concepto de lo humano.

Al inicio de la novela el narrador relata una escena en la que un grupo de migrantes es sorprendido en medio de la selva por quienes se habrán de convertir en sus captores. En la narración, las voces de los migrantes son representadas por una voz colectiva que interrumpe el flujo de lo que el narrador evoca. En esta primera escena, la voz colectiva al descubrir el peligro advierte: “*unas luces se prendieron. . . no podíamos ver delante. . . nos pegamos unos a otros. . . puros cuerpos asustados*” (13; énfasis del original). Si, como De León afirma, en la frontera norte el desierto es “the perfect silent partner in boundary control” (61), en el sur, la selva es un factor clave dentro del entramado criminal del tráfico de personas. En 2008, al describir los momentos previos al secuestro de un grupo de migrantes centroamericanos en México, el periodista salvadoreño Óscar Martínez escribió: “[el tren] avanzó, dejó atrás Tenosique y se internó en un camino de selva y rancherías de ganado. Lejos de los pueblos y las carreteras” (*Periodismo Humano*). Martínez, quien ha hecho un extenso trabajo de documentación y activismo en favor de los migrantes centroamericanos,⁴ resalta el carácter aislado de los parajes selváticos y rurales del sur mexicano como elemento clave para la ejecución de los secuestros.⁵ De forma similar a lo sucedido en el límite geopolítico entre México y Estados Unidos, el incremento en la militarización de la frontera sur mexicana ha ocasionado que quienes huyen de la extrema pobreza y/o de la violencia tengan que migrar por caminos que son cada vez más peligrosos. Lo anterior, no solo por tratarse de zonas inhóspitas para los seres humanos, sino por las ventajas que estas otorgan a numerosos grupos criminales,⁶ como el aislamiento.

Dichas características permiten que en la trama los migrantes sean fácilmente despojados de su libertad y depositados en un vehículo que habrá de transportarlos a un destino para ellos desconocido. Esta acción produce una de las primeras desestabilizaciones de la categoría de lo humano en la trama. Dentro del vehículo en movimiento, la voz colectiva de los migrantes señala: “*uno empezó a sacudirse y a hacer ruido. . . unos ruidos cada vez más doloridos que no eran nada como humanos*” (37; énfasis del original), a lo que más tarde agrega: “*ya ni nos daba pena llorar, éramos perros aullando, animales*” (65; énfasis del original). Así, por medio del secuestro y la inmovilización asistidos por el aislamiento de la selva, es como los

migrantes asumen el proceso de deshumanización al que están siendo sometidos. Este proceso se relaciona con lo que Agamben denomina la máquina antropológica, término que se deriva de una radicalización del concepto de biopolítica según Foucault. A través del concepto de la máquina antropológica el filósofo italiano argumenta que la vida solamente se considera humana cuando hay un estado político adherido a ella. Debido a que el poder soberano es el que puede otorgar o despojar de dicho estado, también se constituye como el ente que establece las pausas que dictaminan las diferencias entre lo humano y lo no-humano. Por lo anterior, de acuerdo con Agamben, la línea ontológica que separa las categorías entre lo animal y lo humano (o entre el animal no-humano y el animal humano), está en un estado de ambigüedad y de tensión constante. En la novela, a la par de la condición precaria adherida a la figura del migrante, dicha tensión es alimentada por el entorno aislado y salvaje que permea la historia. El que los migrantes de *Las tierras arrasadas* estén en una frontera natural habitada por entes no-humanos, exagera la ambigüedad respecto a los límites de lo humano. Por ejemplo, en el episodio del primer secuestro en la selva la voz colectiva describe cómo el grupo de migrantes pareció haber perdido la capacidad de hablar al estar encadenados. Dicho reconocimiento alude a la pérdida gradual de la condición humana a la que los migrantes están siendo sometidos. Esto, porque en tal episodio se muestra cómo es que los migrantes son privados de la libertad y encadenados dentro del vehículo con la misma facilidad con la que alguno de los animales de la selva podría también ser encadenado. También durante el episodio del secuestro, en repetidas ocasiones los líderes traficantes, Estela y Epitafio, anuncian constantemente: “¡Yo soy la patria!” (26). Esta declaración apunta no únicamente a que ambos se sitúan como el poder soberano en la frontera selvática, sino a que actúan con intereses prácticos que requieren someter a los migrantes a la humillación, el dolor y la degradación. Para ampliar esta premisa, en los siguientes párrafos me centro en delinear algunos de los intereses prácticos que motivan la deshumanización de los migrantes en la trama.

“El libro de los chicos de la selva” comienza con el episodio de reclutamiento que los hermanos llevan a cabo en Toneé, un pueblo localizado al sur de la frontera dentro del imaginario narrativo. En dicho episodio, el narrador describe lo que a primera vista parece ser un simple mecanismo de compra y venta de objetos en una plaza, donde

los chicos de la selva desempeñan el rol de vendedores. Posteriormente se revela que los hermanos están vendiendo los objetos previamente utilizados por el grupo de migrantes que ya había sido entregado a sus captores. Dicha entrega es la que se narra en “El libro de Epitafio”, específicamente durante la escena del vehículo analizada en párrafos anteriores. Después de la partida del vehículo con los migrantes encadenados dentro, el narrador describe la recolección que los hermanos hacen de “la ropa, los zapatos, las pulseras, los papeles, los cepillos, las imágenes, las fotos, las cadenas, los cortaúñas, los jabones, los aretes y las tarjetas de oración” (32), pertenencias que los migrantes dejan atrás, en medio de la tragedia. No se hace explícito, sin embargo, el uso que los hermanos habrán de darle a los objetos, sino que este se descubre hasta el tercer libro, en la escena en Toneé. Cabe mencionar que, además del valor económico que los chicos encuentran en los objetos, la recolección también tiene como función borrar las huellas del crimen, pese a que, como uno de los hermanos advierte: “siempre hay un arete, un dije, o un anillo que la selva quiere quedarse” (33). Aunque la recolección ocurre durante las primeras páginas de la novela, no es sino hasta el tercer y último libro que se revela lo que rutinariamente los chicos hacen con los objetos recolectados, esto es, venderlos a un nuevo grupo de migrantes que, a su vez, carga objetos nuevos.

De tal modo, en la plaza de Toneé los migrantes todavía son reconocidos como seres humanos, principalmente por su capacidad adquisitiva. Sin embargo, una vez internados en la selva quienes fueron clientes se convierten en mercancía, ya que los hermanos los guían hacia donde van a encontrar a sus captores. En este punto es importante destacar que el claro al cual los hermanos dirigen a los migrantes se llama El Tiradero. Dicha denominación es representativa del mecanismo de deshumanización que ahí se lleva a cabo. Además del eco obvio de los objetos que terminan tirados en el suelo del claro de la selva, el nombre El Tiradero alude al proceso de desecho de los cuerpos de los migrantes, de los cuales los chicos de la selva se deshacen en la transacción metódica a la que se atiende en las primeras páginas de la novela. Mediante estos procesos de compra y venta, la narración expone la facilidad con la cual se adscriben valores monetarios a los migrantes, quienes son cotidianamente despojados de su condición humana para traducirla a términos de ganancia económica.

Si mediante los ejemplos anteriores es posible vislumbrar el procedimiento por el cual los migrantes se desplazan de la categoría de

lo humano a la del objeto, el desequilibrio ontológico aparece también en la difuminación de la línea que separa no solo al humano del objeto, sino al animal humano del no-humano. Como ejemplo, dicha separación aparece preeminentemente en la intervención de una mujer embarazada y un mono saraguato. En tal escena, que tiene lugar en la plaza de Toneé, uno de los clientes de los hermanos es una mujer embarazada, a quien el menor recluta para formar parte del grupo de migrantes que están por internarse en la selva. Ya en el camino, el hermano mayor le increpa al menor: “¿Cuántas veces tengo que decirte: no debemos traer embarazadas?” (257). Justificando su molestia, agrega: “sabes bien cuál es la regla. . . una sola puta regla. . . ni viejitos ni amputados ni preñadas” (304-305). De esta manera, el mayor de los hermanos sugiere que su enojo se debe a que, como mercancía, la embarazada pertenece a un grupo de cuerpos de menos valor. Además, debido a que los chicos de la selva necesitan cumplir con horarios determinados para llegar a El Tiradero, los cuerpos señalados representan la posibilidad de retrasarlos, como sucede con la embarazada, quien en el camino “de golpe, con la excusa de su vientre, ralentiza sus dos piernas, se acerca al tronco de un enorme matasanos, y, arañando su corteza, encoge las facciones de su rostro ensombrecido y lanza al mundo un quejido hueco” (258). Sin embargo, aunque los argumentos del mayor respecto a la discriminación de ciertos cuerpos tienen sentido al considerar que estos son puestos en venta, el hermano menor duda de su autenticidad, implicando que el enojo del mayor es personal: “te da igual a ti que venga embarazada. . . lo que pasa es que algo pasa entre tú y ella” (304). En este cúmulo de reacciones frente a la embarazada se descubre la multiplicidad de perspectivas que la sitúan en una posición todavía más vulnerable de aquella en la que, de por sí, todos los migrantes se encuentran. Dicha posición culmina con el asesinato de la mujer a manos del hermano mayor, suceso que, como argumento en los párrafos siguientes, la acerca a una entidad ontológica distinta pero también vulnerable dentro de la narración: la del mono.

Momentos antes de que llegue el clímax de la historia de la mujer embarazada, cuando es brutalmente asesinada, entra en escena un mono saraguato moribundo. Después de la escena en Toneé, mientras el grupo más adentrado está en la selva, se escucha un quejido que ni siquiera los jóvenes traficantes reconocen: “¿Qué chingados es ese ruido?, inquietan el mayor y el menor al mismo tiempo, sintiendo

cómo el cuero de sus brazos se enchina” (260). Pese al miedo, los chicos ordenan a los migrantes que se detengan y esperen mientras ellos van a investigar la fuente del quejido, el cual “[los] atrae como atrae la sangre seca a los insectos” (261). En un cuadro cargado de suspenso, desviándose del camino usual y llevando en las manos linternas y machetes, los chicos se acercan cada vez más al origen del chillido, hasta que finalmente dan con él: “te lo dije. . . no podía ser humano, lanza el mayor cuando sus risas terminan” (263). Lo que los chicos encuentran es un mono saraguato al borde de la muerte. En esta escena llaman la atención por lo menos dos elementos narrativos. En primer lugar, resalta el hecho de que el quejido de dolor emitido por un mono a punto de morir haya sido confundido con el grito de dolor de un ser humano, acción que, además, de forma inversa recuerda al episodio de las páginas iniciales de la novela en que los migrantes cautivos describen sus lamentos como chillidos de animales. En segundo lugar, destaca también el hecho de que los chicos de la selva comiencen a reír ante el encuentro con una escena tan devastadora como la de la descripción de su hallazgo: “constreñido por las raíces de la higuera, yace un mono saraguato con las piernas cercenadas, los dos brazos inertes y una herida como un tajo en la barriga” (263). A la risa que dicha escena les produce le sigue el enojo y la ejecución de la venganza: “el mayor. . . levantando su machete hacia la noche insiste: ¡no me gusta que me espanten!” (263). De tal manera, el mayor de los hermanos termina con la vida del animal no-humano que de cualquier modo iba a morir. Sin embargo, no es ni la piedad, ni la lástima lo que lo lleva a darle muerte al mono, sino el odio por haberlo asustado. Por ello, no solo lo mata, también lo hace pedazos para finalmente “[limpiar] su machete en el tronco de la higuera” (264) y arremeter verbalmente contra él después de haberle dado muerte.

Después de la muerte del mono y de vuelta con el grupo de migrantes, la mujer embarazada atrae la atención de los dos chicos. Como había sido intuido por el mayor, la migrante no puede seguir el paso apresurado de los demás, por lo que nuevamente comienza a retrasar al grupo: “la he tenido que venir a ella empujando -dice el menor [. . .] Esa idiota [. . .] la tenías que haber dejado -reclama el mayor” (304). Mientras que el mono se había convertido en una inconveniencia para los chicos debido a que sus chillidos los asustaron e interrumpieron su camino, la mujer embarazada es ahora el motivo de la demora. Entre tanto los hermanos discuten, el narrador cambia

el foco de atención a la migrante, de quien señala que “ha dejado de vagar y se está ahora dirigiendo hacia una cueva” (305). Al terminar de discutir, el menor de los hermanos se dispone a dormir, mientras el mayor comienza a perpetrar su próximo crimen. En una escena sumamente parecida a la de la persecución del mono, con un nivel similar de suspenso el chico mayor comienza a seguir el rastro de la mujer, aunque, esta vez, en lugar de guiarse por un sonido desconocido, se guía a través de las voces de algunos de los migrantes. Justo como cuando iba tras el mono, el chico lleva en las manos la linterna y el machete. Al llegar a la cueva, después de un instante tenso por el encuentro de la víctima y su victimario, “el mayor deja caer furioso su machete y con un único tajo corta el cuello de la mujer que pierde así su sombra” (309). Aunque pudiera pensarse que la situación del mono y la mujer embarazada son diametralmente distintas debido a que el primero yacía en el suelo ya a punto de morir, lo cierto es que la mujer, desde el momento en el que le pagó al menor de los hermanos por conducirla a través de la selva, había comenzado a marchar hacia la pérdida de su libertad y hacia su muerte. De esta manera, aunque ontológicamente el mono y la mujer embarazada son distintos, en las entrañas de la selva la línea que separa al ente humano del no-humano se difumina y por ello, los dos sufren el mismo destino. Lo anterior de ninguna manera borra la diferencia entre la especie a la que cada entidad pertenece. Mientras que es cierto que la mujer embarazada y el mono comparten un grado similar de vulnerabilidad cuando se encuentran frente al mayor de los hermanos sosteniendo su machete, esta similitud no borra la especificidad de cada situación ni de cada cuerpo. Mientras que el mono saraguato está a punto de morir y en un estado de intenso sufrimiento debido a lo que parece ser un accidente provocado por una tormenta, la mujer embarazada se encuentra en una situación de pérdida de la libertad inminente y potencial muerte, porque quizá por pobreza, por violencia, o por algún otro motivo que hizo insostenible que se quedara en su país de origen, se vio obligada a migrar estando embarazada. De esta manera, aunque la furia del mismo machete que cae con odio sobre ambos cuerpos y la subsecuente muerte violenta que sufren los acerca, la especificidad de cada uno está claramente manifiesta en la narración.

Respecto a lo anterior, también resulta llamativo que el animal no-humano que permite tal lectura sea un mono saraguato, especie también conocida como la del mono aullador negro guatemalteco o

bien, saraguato guatemalteco. Es decir, en las entrañas de la que se presenta como la selva que separa México de Guatemala, y particularmente en el lado mexicano, es una especie nominalmente asociada a Centroamérica la que es brutalmente despojada de su vida, región de la cual también la mujer embarazada proviene. Esta similitud pareciera indicar que, en el territorio fronterizo mexicano, la pertenencia al área centroamericana exacerba la situación de desventaja. Mientras que en el caso de la mujer la vulnerabilidad inicial proviene de factores sociales asociados a su lugar de origen que la orillaron a migrar y atravesar la selva, en el caso del mono saraguato, la vulnerabilidad inicial, en este caso física, parece haber sido causada por una tormenta de la cual la selva no pudo protegerlo, elemento en el cual radica la importancia del nivel de crueldad en la escena que presenta al mono con las cuatro extremidades cercenadas. Por este motivo es que resultan tan simbólicos los espacios específicos en los que estos personajes reciben el golpe fulminante del machete. En tanto el mono está en un espacio abierto, exponiendo así la orfandad en la que se encuentra en la selva del lado mexicano sin protección alguna, la mujer aparece en una cueva, la cual, pese a presentar posibilidades de refugio y protección, se convierte en el escenario del asesinato. La linterna, un elemento de creación humana, es el objeto que logra vencer a las protecciones no-humanas, es decir, la cueva y la oscuridad de la selva, que hubieran podido trabajar en favor de la prolongación de la vida de la embarazada.

El concepto de la ciudadanía es de especial relevancia en los ejemplos anteriores, pues, aunque su influencia en la vida de los migrantes es más que evidente, la narración apunta a que al menos en un nivel simbólico, puede también ser atribuido a animales no-humanos. Por ello, es posible aseverar que dentro de la trama la ciudadanía es otro elemento de tensión en las características que definen y separan a lo humano de lo no-humano, hecho que se ejemplifica en las figuras de la mujer y el mono. En este punto cabe mencionar que, en un nivel no solo simbólico sino también literal, la discusión en lo referente a la ciudadanía de los animales no-humanos es un debate naciente en el campo de la biología invasora.⁷ Sin embargo, ya que el mono saraguato guatemalteco no es considerado como invasor, pues su hábitat se reconoce en la selva de Guatemala, México y Belice, en la narración el conflicto alrededor de la ciudadanía del mono, indicada por su especie, más bien funciona como un elemento adicional para enfatizar la

vulnerabilidad de los cuerpos adscritos a Centroamérica en la frontera selvática mexicana, que en la narración parece no distinguir entre los que se consideran humanos y los que no, en detrimento de ambos. En *Animal Alterity*, la académica Sherryl Vint sugiere que uno de los principales impedimentos para que la especie humana reconozca la fragilidad de las supuestas líneas ontológicas que separan al animal no-humano del humano es que

we see [animals] in spaces that emphasize the radical disproportion in human-animal social relations: spaces such as zoos where animals are compelled to be visible in circumstances in which everything that would enable them to appear as fellow beings . . . has been stripped away.” (9-10)

En el espacio de la selva fronteriza, donde los migrantes son casi instantáneamente despojados de libertad y de ciudadanía, la desproporción radical de la que habla Vint se difumina en tanto que “humans and animals share embodied being” (8) al participar en el conglomerado del ambiente salvaje, donde tanto entes humanos como no-humanos están a merced de la violencia del machete de los chicos traficantes, quienes no jerarquizan categoría alguna. Si bien es cierto que en el paralelismo de la muerte de la mujer y el mono se diluye la línea entre lo humano y lo no-humano, dicha línea no desaparece por completo. En la selva, la figura que perpetra ambos asesinatos es un ser humano, el cual establece un orden de dominación en el aparato fronterizo. Ante la ausencia del Estado para garantizar la seguridad de los sujetos migrantes y también ante la convalecencia y discapacidad del animal herido, es el sujeto criminal quien se sitúa como el ente dominante. Por esto, aunque es cierto que los límites de lo humano se desafían a través de la vulnerabilidad a la que son sometidos tanto los animales y entes humanos como los no-humanos, dicha vulnerabilidad parece no aplicar para quien, en cambio, en este caso el mayor de los hermanos, puede suplantar al poder del Estado y, en cierta medida, al de la selva misma.

A lo anterior se agrega que, incluso cuando la naturaleza de las muertes descritas presenta similitudes evidentes, entre las cuales destacan el arma, la violencia y el procedimiento, la reacción del victimario ante ambas muertes es distinta, al menos por un instante. Si la muerte del mono le produjo risa y alivio, la muerte de la mujer ocasiona

que “[llore] un largo rato” (309). Sin embargo, esto se produce no necesariamente debido a la distinción entre una entidad humana y una no-humana, sino a que, como el hermano menor infiere desde el momento en el que recluta a la mujer, el mayor parece conocerla desde antes, sin que ella lo recuerde. Por esto, en el momento del asesinato el chico increpa: “¡[. . .] tenías que haberte tú acordado. . . no me tenías que haber mirado así insegura. . . así dudando. . . me tenías tú que haber reconocido!” (309). Si se había tratado de una relación consensual, de una violación, o de un encuentro casual no está del todo claro en el texto. Lo que sí se hace evidente es que el chico la asesina usando como pretexto el que haya retrasado al grupo, y como venganza por haberlo olvidado, por lo que el asesinato puede también catalogarse como un feminicidio en el texto.

En tanto en el caso del mono el enojo que surge en el mayor por haberlos retrasado y por haberlo asustado es uno de los principales motivos por los que lanza el machete sobre el cuerpo herido; en el caso de la mujer es también una forma de enojo personal lo que motiva la misma acción. Aunque el hermano mayor llora momentáneamente ante la muerte de la embarazada, este despliegue de afectividad no disminuye la crueldad del feminicidio y tampoco interfiere con el hecho de que tanto el mono como la mujer mueren debido al mismo procedimiento y con la misma arma, por lo cual la jerarquía aparente que suele situar la vida del ser humano sobre la del animal no-humano se quebranta en la selva a manos del criminal. No es fortuito que en la narración la línea que separa los límites de lo humano y de lo no-humano se desafíe explícitamente a través de dos figuras físicamente en situación de desventaja: una mujer embarazada, casi a punto de dar a luz y en proceso migratorio en plena selva, y un animal moribundo. Respecto a la intersección entre los estudios de animales y los estudios de la mujer, aunque uno de los puntos de mayor tensión consiste en la posibilidad de animalizar a la mujer y de humanizar al animal no-humano, de acuerdo con Sherryl Vint:

There are many parallels between the ways in which women have been constructed, controlled, spoken for and objectified by patriarchal culture, and similar constraints placed on animals by Western culture more generally. Achieving better insights into this overlapping and intersecting oppression is valuable for both feminism and those

interested in animal welfare. Rather than fearing a further animalization of women by making common cause with those interested in animal welfare, then, feminists might gain new tools for resisting gender discrimination. (111)

Además, el diálogo que puede establecerse entre estos campos de ninguna manera implica abordar a ambas figuras como iguales, esto debido a que dicho objetivo eliminaría la especificidad de cada entidad. En cambio, lo que este diálogo propone es identificar los sistemas sociales, políticos, y en este caso también criminales, que generan “the inhumanity [they] exclude” (Jackson 675). Si, como señalé, las similitudes que acercan a ambos personajes en la novela de ningún modo borran la especificidad de cada uno, la narración muestra cómo los elementos que determinan la supremacía de una categoría ontológica sobre otra pueden ser derribados dadas ciertas condiciones de vulnerabilidad. Entre dichas condiciones, en el texto destacan, en primer lugar, las sociales, en tanto que la necesidad de migrar clandestinamente pone a los migrantes en manos de un grupo de traficantes que aprovecha la ausencia del Estado para hacer efectivo su poder. En segundo lugar, aparecen las características físicas, hiperbolizadas en el personaje de la mujer embarazada pero aplicables en menor escala a los cuerpos de los migrantes físicamente desgastados que caminan entre la selva; y en tercer lugar, la selva misma.

Si es cierto que los migrantes tienden a ser el foco más vulnerable de violencia en la narración, dentro de la misma aparece también otro ente sujeto a diversos procedimientos violentos: la propia selva. Aunque dichos procedimientos no son tan descarnados como los cometidos contra los migrantes, dentro de la narración se colocan también como fuerzas desestabilizadoras y destructoras. Durante gran parte de los episodios que se llevan a cabo en dicho ecosistema, las imágenes vivas y dinámicas de la vida silvestre contrastan con la lentitud del paso de los migrantes y con la subsecuente inmovilidad a la que son forzados. Sin embargo, a través de imágenes como cuando, al hablar de las acciones de los chicos traficantes, el narrador señala que “machetean una muralla de orquídeas” (262), el texto muestra cómo, a la par que la selva vulnera debido a que otorga invisibilidad a los actos criminales que ahí se llevan a cabo, y precisamente debido a ello, también es violentada. Lo anterior no implica que la selva aparezca como un ente eminentemente pasivo, ya que pese al proceso de instrumentalización

al que va sujeta -en el que ahondo más adelante-, a través de las figuras que la conforman la selva también despliega mecanismos de defensa. Un ejemplo de dichos mecanismos aparece en el episodio anteriormente señalado de la recolección de los objetos. Mientras los chicos observan con entusiasmo una medalla tirada, el mayor interrumpe el momento del asombro al decirle a su hermano: “¡tírate⁸ ahora mismo al suelo!”, debido a que “en el claro El Tiradero entra *el enjambre de los tábanos, moscones y langostas que ha [acudido] a hacer presa de las cosas y los hombres*” (32; énfasis del original) que inmediatamente atacan y pican a los chicos. En tal momento, los componentes no-humanos de la selva parecen defenderse de quienes constantemente la agreden a machetazos. El que en la cita previa el narrador no distinga entre “las cosas” y “los hombres” al hablar de la sed de los insectos no es fortuito, pues aun y cuando el narrador mismo se sitúa como entidad humana relatando e interpretando las acciones del enjambre no-humano, lo cierto es que la fuerza del enjambre logra hacer que los chicos se tiren al suelo y se ubiquen al mismo nivel de los objetos.

En este punto, cabe señalar que la vulnerabilidad atribuida a los hermanos no proviene únicamente de algunos de los elementos selváticos contra los que no pueden hacer mucho. Durante la mayor parte de la narración los chicos de la selva se presentan como la figura humana con mayor autoridad en la selva, pero en realidad, la delincuencia organizada en tanto grupo estructurado es el único sujeto político que mantiene soberanía sobre los demás. En el proceso de instrumentalización de la selva fronteriza como espacio para el crimen también los chicos pueden ser vulnerados y despojados del estado ontológico y político, aparentemente superior, al que inicialmente se adscriben.

Al pensar en los muros que se edifican como medio para delimitar una frontera, la teórica política Wendy Brown advierte: “walls produce borders as permanent zones of violent conflict and lawlessness, [and they also] incite sophisticated and dangerous underground industries” (113-114). Incluso cuando la selva pudiera considerarse en cierto modo ajena al proceso al cual Brown alude—empezando por la carencia de un muro y siguiendo con el hecho de que se trata de una frontera considerada natural—los conflictos en lo referente a las industrias clandestinas a las que la politóloga señala claramente se extienden a dicho espacio en el texto. Además, en el contexto de esta aseveración es importante recordar que el narrador varias veces se refiere a la frontera selvática como un muro hecho de lianas y de

otras figuras silvestres, acaso en gran medida por las coincidencias en cuanto al mundo criminal que la circundan y al hecho de que, en similitud con el muro, la selva también supone una traba en el camino de los migrantes. Si, para Brown, los muros “produce an ever more sophisticated and Mafia-like smuggling economy, one that increasingly merges drug and migrant smuggling” de modo que estos “often compound the problems they putatively address” (112), en la selva fronteriza también es posible identificar el amalgamamiento y recrudescimiento de dichas industrias. Mientras que, como Brown advierte, la edificación del muro en la frontera México-Estados Unidos ha propiciado la creación de túneles para el tráfico de drogas y personas, elemento que ha vuelto más difícil inspeccionar e identificar los movimientos del crimen organizado, la selva fronteriza también permite un alto grado de invisibilidad que ayuda a la ejecución de los crímenes. Sin embargo, si hubiera que demarcar una diferencia entre una y otra forma de frontera, además de la distinción obvia entre una estructura construida y un bioma, sería que mientras que el muro en Estados Unidos fue construido con el propósito de presentar, en términos de Brown, “[a] fantasy of impermeability” (121), en el caso del corredor selvático en la frontera sur mexicana se presenta un proceso de instrumentalización parecido al señalado por Jason de León respecto al desierto, donde la hostilidad hacia los cuerpos humanos ejercida por un territorio salvaje y por sus componentes no-humanos se explota en detrimento de la figura del migrante y del territorio mismo, y en beneficio del Estado y de grupos criminales. Dicha instrumentalización aparece en concordancia con lo expuesto por Thomas Nail respecto a que las fronteras se ven afectadas por movimientos tanto autónomos como ajenos. Como destaqué en los párrafos anteriores, en *Las tierras arrasadas* lo anterior se hace evidente en las actividades ilícitas de los chicos de la selva, pero el proceso no empieza ni termina en ellos.

Como señalé al inicio, para Nail la frontera se mantiene en movimiento debido a factores internos, tales como el de los animales y plantas que la componen, y externos, entre los cuales se cuentan los que se llevan a cabo debido a un “continual process of management” (6) de los elementos que la componen. Si bien pudiera pensarse que tal proceso continuo obedece primariamente al mantenimiento y cuidado de estructuras artificiales como el muro o los puestos de control fronterizos y que por ello no aplicaría a fronteras naturales como la de la selva, el autor aclara que “the distinction between natural and

artificial borders posed by early border theorists cannot be maintained [because] “natural” borders [have always been] delimited, disputed, and maintained by “artificial” human societies” (7). De esta manera, es posible aseverar que en el contexto de la novela de Monge, los chicos de la selva y los migrantes no solamente participan en la edificación de la frontera, sino que en su movimiento son, además, parte de la frontera misma: “the border is not the result of a spatial ordering, but precisely the other way around –the spatial ordering of society is what is produced by a series of divisions and circulations of motion made by the border . . . [the border is] a primary process and not a derivative social product” (9-10). La frontera, según se representa en el texto, se manifiesta no solo a través de su construcción geopolítica, también en sus especificidades ecológicas y con la misma preeminencia en el proceso de la participación humana que la atraviesa.

También respecto a la participación humana, Nail considera un proceso de expansión que se genera “in order to further develop or advance a given form of social motion” (22). Al incluir este argumento en la premisa del movimiento social, el elemento de expansión como parte característica de la frontera se refiere claramente no a la expansión espacial, sino a la expansión humana. En la novela, lo anterior puede ejemplificarse con el personaje de Mausoleo, el migrante que Epitafio, el líder de la banda de contrabandistas elige y secuestra para que trabaje con él en el negocio del tráfico de personas. La carga simbólica de los nombres de dichos personajes y la unión forzada de la que forman parte pueden interpretarse como una metáfora de la edificación de figuras humanas que reproducen un sistema que culmina en la muerte, en este caso, de los migrantes. Además, a través de la anexión de Mausoleo al anillo del tráfico de migrantes, la frontera se expande en su capacidad humana. Sin embargo, la expansión por medio de la reproducción social no supone ni el mantenimiento ni la continuidad de los individuos que la personifican: “borders regularly change their selection process [. . .] anyone might be expelled at any moment” (7). Cuando es claro que dicha afirmación alude al hecho de que las características de la frontera suelen estar dispuestas con el fin de impedir, redirigir o facilitar la circulación de los migrantes, esta alude también a los agentes mismos por los cuales la frontera se conforma.

Hacia el final del texto, Estela y Epitafio son asesinados por otros miembros del grupo que buscaban ascender en la jerarquía del crimen. Debido a que dicha pareja era de donde provenía el dominio de los

chicos de la selva, cuando mueren, los hermanos son despojados del lugar de poder del que hasta entonces habían gozado. En las entrañas de la frontera selvática, junto a los migrantes, los hermanos son emboscados por un grupo de criminales más numerosos y violentos. La nueva cara del crimen organizado arranca todo privilegio de los hermanos, bajándolos así al fondo del nivel jerárquico ya ocupado por los migrantes y los animales no-humanos en la selva. En la escena donde los hermanos son asesinados por el nuevo grupo criminal, Monge presenta el proceso a través del cual, debido al constante estado de excepción que impera en la frontera, se hace posible que tan fácilmente se otorgue protección a la vida humana, como fácil es que se la quiten. El anterior es un elemento ampliamente discutido por estudiosos de la frontera, sin embargo, *Las tierras arrasadas* complica y expande el tema al generar cuestionamientos respecto a lo que separa la vida humana de la no-humana.

Mediante la centralidad que el narrador confiere a los entes no-humanos—centralidad ya otorgada desde el título—la narración inquiriere acerca de lo que significa ser humano. Dicha interrogante surge, primordialmente, a través del proceso de deshumanización al que los migrantes son sometidos. Este proceso es llevado a cabo por un grupo de traficantes, quienes no distinguen categoría ontológica alguna al momento de cometer sus crímenes. Ejemplos de lo anterior pueden verse en los episodios del secuestro y la compraventa de los cuerpos de los migrantes, y también, en las similitudes entre la muerte de la mujer embarazada y del mono saraguato. Además, la narración muestra cómo “not only are humans not alone in possessing the capacities thereby deemed ‘proper’ to humankind, but in fact for the most part humans do not achieve the qualities they ascribe to themselves with the name ‘human’” (Vint 10), elemento que se manifiesta al presentar las acciones que el grupo criminal comete contra los migrantes, la selva, y los componentes de esta.

Por lo anterior, al explorar la vulnerabilidad compartida por seres humanos y no-humanos, y al mismo tiempo, reconociendo la especificidad de cada ente, la novela resalta algunos de los elementos más dolorosos que pueden desestabilizar las categorías ontológicas a través de las que cada entidad suele ser interpretada. Este desafío adquiere especial relevancia al considerar que tanto las figuras humanas como las no-humanas representadas en el texto, se encuentran acorraladas en la configuración de una frontera inhumana en continuo movimiento.

Dicho movimiento puede identificarse de manera evidente a través del paso y la acción humana, sin embargo, la novela muestra también el dinamismo no-humano y muchas veces ignorado de la vida animal y silvestre. Lo anterior es posible no solo debido a que la selva se presenta como espacio e instrumento para perpetrar los crímenes, sino, además y con mayor énfasis a que el bioma emerge como agente vivo y cambiante que parece resistirse a ellos.

Notas

1. De acuerdo con el informe *U.S.-Mexican Security Cooperation: The Mérida Initiative and Beyond*, publicado por el Servicio de Investigación del Congreso Estadounidense en junio de 2017, para este plan, el gobierno estadounidense había otorgado ya cerca de 100 millones de dólares. Con esta cantidad han sido establecidas 12 bases navales en las fronteras fluviales mexicanas, se incrementó el número de drones para identificar e interceptar migrantes, se expandieron los puntos de control migratorio y se desplazaron fuerzas armadas como las de la Policía Federal y el Ejército.

2. Aunque múltiples medios de comunicación, entre ellos *Excélsior*, reportan que el número de migrantes que pidió refugio en México en 2017 se incrementó en más del 50% comparado con las solicitudes recibidas por la agencia de refugiados COMAR en 2016.

3. Mientras que en el desierto los principales motivos que producen la muerte son la deshidratación y la insolación, en la selva algunos de los principales peligros son el de ser arrasados por cabezas de agua en los ríos o por ataques de animales. En ambos casos, los migrantes corren el riesgo de ser abandonados o incluso asesinados por traficantes y guías, también denominados coyotes.

4. Además de sus crónicas y artículos, en su labor periodística destacan los libros *Los migrantes que no importan* (2010) y *Una historia de violencia, vivir y morir en Centroamérica* (2017), donde el autor presenta dos investigaciones extensas en relación con la precariedad y el peligro que acompañan a la migración centroamericana indocumentada.

5. Elemento clave, pero no único. Como Martínez denuncia en el mismo artículo y como también Monge expone en la novela, la corrupción de instituciones oficiales como el ejército y la policía tiene también un gran impacto en la prolongación de estos crímenes.

6. En resonancia con lo acontecido en el norte, en la frontera sur los altos niveles de seguridad no han logrado detener los procesos migratorios y tan solo a principios de 2018 se registró un incremento del 90% en detenciones de niños y del 43% en detenciones de mujeres migrantes en territorio

mexicano. Estas son cifras ofrecidas por la Unidad Política Migratoria de la Secretaría de Gobernación.

7. Para más información sobre este tema, véase la discusión que realiza Tao Orion en *Beyond the War on Invasive Species*.

8. Énfasis mío.

Obras citadas

- Agamben, Giorgio. *The Open: Man and Animal*. Stanford University Press, 2003.
- Brown, Wendy. *Walled States, Waning Sovereignty*. Zone Books, 2014.
- Cunningham, Hillary. “Permeabilities, Ecology and Geopolitical Boundaries.”
Donnan, Thomas M. Wilson and Hastings. *A Companion to Border Studies*. Blackwell Publishing, 2012, pp. 371-386.
- De León, Jason. *The Land of Open Graves. Living and Dying on the Migrant Trail*. University of California Press, 2015.
- Finklae Kristin and Clare Ribando Seelke. *U.S.-Mexican Security Cooperation: The Mérida Initiative and Beyond*. Congressional Research Service. 29 de junio de 2017. fas.org/sgp/crs/row/R41349.pdf. Revisado 1 de octubre de 2018.
- Hernández, Alejandro. *Amarás a Dios sobre todas las cosas*. Planeta, 2013.
- Herrera, Yuri. *Señales que precederán al fin del mundo*. Periférica, 2009.
- Jackson, Zakiyyah. “Animal: New Directions in the Theorization of Race and Posthumanism.” *Feminist Studies*. vol 39, núm. 3, 2013, pp. 669-685.
- Luiselli, Valeria. *Los niños perdidos. Un ensayo en cuarenta preguntas*. Sexto Piso, 2016
- Martínez, Óscar. “Los secuestros que no importan”. *Periodismo Humano*. Noviembre de 2008, enlcamino.periodismohumano.com/2010/11/11/los-secuestros-que-no-importan/. Revisado 10 de octubre de 2018.
- “México se convierte en un país ‘refugio’ para centroamericanos: ACNUR”. *Excélsior*. April 20, 2017. Revisado 4 de octubre de 2018.
- Monge, Emiliano. *Las tierras arrasadas*. Random House, 2015.
- Nail, Thomas. *Theory of the Border*. Oxford University Press, 2016.
- Orion, Tao. *Beyond the War on Invasive Species*. Chelsea Green Publishing, 2015
- Ortuño, Antonio. *La fila india*. Océano, 2012.
- Unidad Política Migratoria. “Boletines Estadísticos”. www.politicamigratoria.gob.mx/es_mx/SEGOB/Migracion_al_dia. Revisado 10 de Octubre de 2018.
- Villafuerte, Nadia. *Por el lado salvaje*. Ediciones B, 2011.
- Vint, Sherryl. *Animal Alterity. Science Fiction and the Question of the Animal*. University Press, 2010.